

barranco tajado á pico, que presta escaso refugio; la de la derecha desciende menos bruscamente para rematar en peñascales, nopaleras y barranquillas; el centro de la meseta está ocupado por una faja negruzca que parece el ceño que da expresión á una cara fosca: es una ceja de monte amparadora de unas cuantas chocitas que suelen confundir el humo azuloso de sus hogares con el verde intenso de la apretadísima arboleda y con el pálido y difuso del imperturbable cielo de cobalto.

En punto de mediodía aguardaban las columnas con las armas embrazadas y listas para empezar la ascensión, y cuando Olivos, caracoleando en su caballejo, se presentó al general, que se ocupaba en dar las últimas órdenes, éste le dijo:

— ¡Al fin llega usted, hombre de Dios! le tengo destinada la sección más lucida, ésta de trescientos hombres con que puede flanquear al enemigo y en caso necesario impedirle la retirada... Se situará usted al abrigo de aquel barranco, tras el cerrito de la izquierda: suba por la travesía que se abre aquí á nuestro lado... Espere mis órdenes.

Quizás el recuerdo de la tardecita de Miahuatlán, quizás el aspecto de aquel horizonte limpio y sin nubes, quizás la alegría de la gente, que marchaba á cascarse las liendres con la satisfacción con que hubiera marchado á una fiesta, influyeron en el ánimo de Olivos haciéndole prometérselas felices y convenciéndole de que todo iría

bien. Y como al que está contento le sale todo á pedir de boca, y como la gente lo estaba y como se reunía todo para que aquella jornada resultara tan brillante como parecía anunciarse, se empezó el ascenso de la vereda con satisfacción y alegría que nadie podía disimular.

Los mismos oficiales rezongones y cavilosos que habían pedido cuenta estricta de los movimientos y operaciones del general, hallaban ahora todo de lo más bien hecho y pensado.

— Es claro, decían, el levantamiento del sitio debe de haber venido de que el jefe recibió quizás noticia circunstanciada de la aproximación de tropas contrarias; la gira hasta San Juan del Estado tuvo por objeto la incorporación de Figueroa, y la vuelta con la caballería hasta Oaxaca, el deseo de hacer un alarde ante el enemigo á fin de que no creyera en el alejamiento de los sitiadores: todo perfecto, todo muy bien pensado, todo clarísimo; no cabe duda que tenemos un jefe que vale lo que pesa de oro. Yo comprendí desde luego lo que pasaba; pero me callé porque así convenía.

— ¿Y ahora lo reconocen, bellacos?, les decía Récal con la risa en los labios. Mientras no entendieron lo que se hacía, todo fué ponerse foscos y preguntar si don Porfirio había perdido el juicio. Hoy que ven que está más cuerdo que todos ustedes, ya se dan humos de que estaban al cabo de todo.

Porque Récal ya había fraternizado con la oficialidad republicana, y aquella mañanita en que pidió como favor especial ir al lado de Francisco, se sentía deseoso de realizar proezas y alcanzar laureles que le hicieran grato á sus nuevos correligionarios y le acreditaran ante sus nuevas banderas.

Acababa de subir Pancho con su gente y no tardó en darse cuenta del panorama de la meseta donde debían pasar tantas cosas memorables. La Carbonera se alza bruscamente interrumpiendo la monotonía del terreno y sin ocupar más de mil varas en cuadro: una cuesta igual á la que tuvieron que ascender los republicanos, los imperialistas la treparon por camino inverso, y tratando unos y otros de madrugarle al enemigo, subieron jadeantes hasta coronar la eminencia. Mas parecía hecho adrede: en el momento mismo en que los de Porfirio llegaban á la altura y recorrían á paso veloz la meseta para salir al encuentro de los de Maximiliano, éstos asomaban las cabezas á lo lejos y en cantidad respetable empezaban á tirotear á los chinacos.

Desde su observatorio pudo ver Pancho aquella batalla geométrica, clara y segura que parecía más bien un simulacro ideado para instruir á jóvenes cadetes que un paso real, efectivo y tremendo de que dependía la suerte de varios miles de hombres.

A un tiro de fusil toman posiciones los dos combatientes; Félix Díaz se coloca en el centro con cerca de cuatro-

cientos hombres; Espinosa y Figueroa cubren las alas izquierda y derecha; tras de ésta se halla la caballería que manda Ramos, y á la retaguardia de aquél la artillería, compuesta de dos obuses lisos y un pedrero.

Los cañones del enemigo, que eran seis, rayados y puestos en buen lugar, tomaron la palabra en primer término, lanzando sobre los de Porfirio un fuego mortífero y continuo; y protegido por aquel auxiliar formidable, salió un buen golpe de tiradores franceses que avanzaron resueltamente hacia la línea de Porfirio, sin que al parecer se les diera un ardite de la granizada de fusilería y cañonazos que les llegaba.

Tan ruda fué la acometida, que Díaz necesitó para rechazarla mover la mitad extrema de cada columna; pero ni aun así pudo valerse la gente republicana: los contrarios hicieron un terrible empuje, y ayudados por su caballería, que era de la famosa húngara, estrecharon á los oaxaqueños, que no tuvieron á retaguardia más que el barranco y la ceja de monte. En trance tan apurado movió Porfirio su reserva, movió su caballería, dijo á los suyos algo que Olivos no pudo escuchar, y los republicanos, con nuevos bríos, con nuevo ardor, se precipitaron contra los otros, repasaron su línea de combate, hicieron que repasaran la suya los contrarios y llegaron hasta la colina en que estaban su artillería y su reserva...

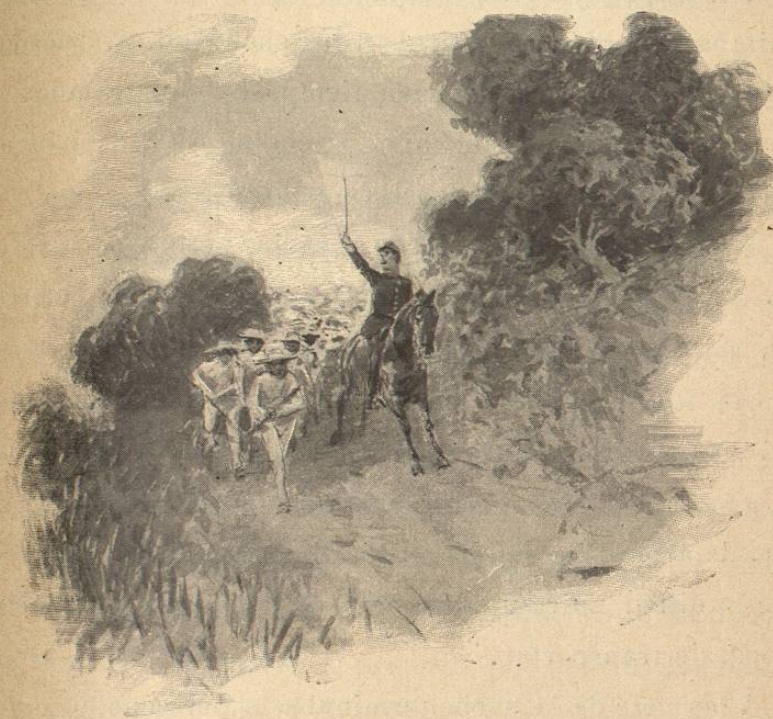
Pancho había visto aquello como las cosas se ven en

sueños: mudo, cuando hubiera querido gritar y poner en movimiento á todo cuanto estuviera cercano ó distante de él; quieto, cuando hubiera deseado salir matando, hiriendo y golpeando; sin tomar parte activa en aquello y sintiéndose cogido por una orden inflexible que no podía exceder, ni interpretar ni disminuir. Se estiraba los pelos del bigote, se azotaba las botas, mascaba hojillas de las jaras que crecían por allí y devoraba con los ojos todo el panorama, sin que, á pesar de su buen deseo, llegara á oír la señal que tanto esperaba. Vió cómo había perdido terreno la gente republicana, vió cómo logró recuperarle, vió cómo los imperialistas, desordenados y heridos de muerte, se refugiaban en su base de operaciones; y cuando pensaba que nunca le llegaría su turno, oyó un agudo toque de atención, luego un trompetazo prolongado, después otro toque. Pensó que le engañaba su buen deseo, mas, por si acaso, de nuevo puso cuidado, recordó la señal en su memoria, lanzó un grito á sus soldados, y á poco, claros, distintos, indudables, escuchó primero el punto de atención, luego el toque prolongado, al fin el nuevo punto de atención, agudo y penetrante como una hoja afilada. No cabía duda, era llegada la ocasión de entrar en juego, de batirse, de decidir tal vez el éxito de la batalla...

— ¡Ahora nosotros, mis amigos!... ¡Ahora, valientes!... dijo Pancho.

Y tras él se precipitaron como un alud aquellos tres-

cientos soldados que se dolían al tener inmóvil y sin empleo el arma que sabían capaz de matar y de producir estragos. Los imperialistas se retiraban á toda prisa ante Porfirio, que les seguía soberbio, deslumbrante, empuñando la espada, que parecía en su mano un haz de rayos



homicidas, levantando con su corcel un torbellino de polvo que parecía una aureola de fuego. Pero la retirada se convertía en fuga, en escapatoria vergonzosa al ver á los infantes de Olivos. Los imperialistas tiraban las armas y las cartucheras, rompían los cuadros intactos ó que trataban de resistir, cogían los caballos sueltos y trepa-

ban en ellos haciendo trizas los arneses y azotándoles con los frenos, bajaban vertiginosamente la pendiente de uno y otro extremo echándose por las barrancas, ocultándose en la selva, destruyendo los sembrados y deshaciendo las chozas. Los artilleros quitaban los atalajes de las mulas, subían en pelo y se alejaban á toda prisa; los infantes se quitaban el uniforme y tiraban los chacós al aire; los de caballería, que durante buen tiempo habían tratado de hacer frente á los republicanos, se contagiaban del pánico y salían escapados más deprisa que los otros.

Porfirio les siguió un largo espacio, pero á poco tuvo que tomar camino distinto, pues recorriendo las laderas sus soldados hacían gran cosecha de prisioneros y de armas. Récal cogió dos oficiales húngaros llenos de cordones y de dorados; Pancho hizo presos á dos coroneles y á un general, y todos recogieron mies tan copiosa de caballos, de armas, de equipajes, de dinero y de provisiones, que lo difícil no resultaba coger aquello, sino guardarle y poderle transportar.

A las siete de la noche terminaba la persecución, que dejaba en poder de las gentes de Porfirio recursos con que no habían contado.

* * *

El treinta y uno de Octubre Oaxaca se rendía á discreción, y el primero de Noviembre Pancho recibía el grado

de coronel, como recibían el de general Manuel González y Faustino Vázquez.

Por ese tiempo Pancho tuvo oportunidad de ver á su padre político, el ilustre descamisado Campardon, que se le presentaba con el riñón más bien cubierto y el pelo más luciente que nunca le hubiera visto: ya anunciaba al jefe y fundador de la casa Campardon y Récal, S. en C. (telas, ferretería y contratas con el gobierno) que ahora existe tan rica y bien cimentada como pocas en México.

Campardon, que tenía más trastienda que un almacén de ultramarinos, fingió que iba únicamente á saludar á su jefe y amigo; pero al fin tuvo que abrirse de capa con el yerno, cuya amistad cerca del jefe y cuyo valimiento excepcional le eran conocidos.

— Tú eres de pecho y por eso te lo digo: traigo una idea, pero me resulta muy peliaguda; y la verdad es que no hallo cómo espetársela á Porfirio. ¡Qué bueno sería que tú, como cosa tuya, por noticias que yo te he dado, por lo que te han referido, por esto, por lo otro, por todo, te le acercaras y, cantándole claro, le propusieras lo que aquí me trae!

— Pero ¿qué demonios es eso que usted se trae? Ya me está poniendo en alarma...

— Siempre has de tener tú ese ánimo de ratón casero que se asusta por todo. No hay ninguna conspiración de por medio, no se trata de acabar con nadie, sino solamen-

te de acarrearle verdaderos beneficios al ejército republicano. Ya tú sabes, yo soy más de este lado que del otro...

— Pues explíquese usted, que estoy en ascuas.

— Tú sabes que los franceses se van.

— Bien ¿y qué?

— Que al irse no se pueden llevar en una sola flota cuanto trajeron en cuarenta ó cincuenta.

— No entiendo.

— Y que como no pueden llevárselo tienen que dejarlo.

— Todavía sigo sin entender.

— Y que al dejarlo no les conviene regalarlo ni venderlo á don Maximiliano de Austria, con quien están peleados á muerte.

— ¿Y qué?

— Que como Porfirio Díaz cuenta con tantos amigos en el ejército francés y el mariscal le tiene un gran afecto, se ha pensado... pues... en cederle todo mediante precios irrisorios: un peso por fusil, un peso por uniforme con todo y zapatos; caballos, mulas y cañones casi regalados... Es la oportunidad del siglo: acabo de quedarme con la farmacia del hospital de Orizaba, que valía dos mil pesos, en doscientos; he comprado seiscientos caballos excelentes en mil pesos; adquirí mil cargas de arroz en setecientos duros y dos mil de maíz en cuatrocientos... ¡Es la chamusca! Pero como yo no necesito arneses ni fusiles ni chacós, he

pensado que le aprovecharían á nuestro Porfirio, que no dejará de sacarles la ley.

Pancho, iluso y todo como era, se figuró que en aquello había gato encerrado, é interrogó resueltamente á Campardon.

— Hablemos en plata: usted viene comisionado por Bazaine ¿sí ó no?

— Sí.

— ¿Y me autoriza para decirlo al jefe?

— Haz lo que quieras con tal de que no pases de allí.

Corrió Pancho á hacer el chisme á Porfirio, y cuando esperaba mirar aspavientos y oír palabras de extrañeza, sólo vió una desdeñosa sonrisa en los labios del caudillo.

— ¡Si ya lo sabía todo! Pero cabalmente he encontrado la manera de quedarme con esas cosas sin desembolsar una peseta: acabo de expedir una orden en que declaro contrabando de guerra todo cuanto los franceses abandonen, y así no necesito más que recoger lo que haya menester.

— Pero ¿qué no sería bueno aprovecharse de la buena voluntad de Bazaine?

— No, no hay que hacer caso de esas promesas ni que comprometerse en asuntos sucios. El mariscal me envió un mensaje haciéndome saber que podía entregarme á Maximiliano atado de pies y manos.

— ¡Qué atrocidad!

— Pero también el Emperador es otro que bien baila. Con Burnof, aquel francesito que remitió á Acatlán la avanzada de Acajete, me envió palabras de paz y concordia, y Burnof, como si fuera cosa propia, me dijo que quizás su amo se decidiría á entregarme la situación, pues me juzga más favorable á ellos que puede serlo Juárez. Mi respuesta fué hacerle saber que entre el llamado Emperador y yo no puede haber más relaciones que las que se consienten á dos beligerantes, y que lo único que deseaba era batirle ó que me hiciera pedazos. Ese fué el origen de aquel horrible estrépito de armas, caballos, artillería y gente de á pie que tanto les asombró á ustedes en Acatlán, pues me importaba demostrarle al embajador de Maxmiliano, que tenía quince ó veinte mil hombres listos para entrar en campaña; y ya se acuerda usted, todo se reducía á trescientos caballos que ejecutaron mil evoluciones durante la noche y merced á que había orden de no dejar á Burnof asomar la cabeza ni aun abrir la ventana de su prisión...

A los dos días se marchó el suegro de Récal y de Olivos, y á los tres empezaron á tener noticias del resultado de la circular de Porfirio.



CAPÍTULO XI

Dos de Abril

NOVEMBRE y Diciembre del 66 y Enero del 67 los pasó el buen Francisco gozando de la dicha conyugal más completa. Porfirio marchó á Tehuantepec, infligió allí á los imperialistas tres golpes que les dejaron todavía más alelados y vacilantes que les habían dejado los anteriores, y ordenó á Pancho que le esperase en Acatlán, donde se le reuniría para concentrar sus tropas y emprender operaciones definitivas.

Aquel pueblo encantador, regado por frescas y cristalinas aguas, lleno de huertas y sembrados, se encuentra á la salida de la Mixteca Baja, distante casi por igual de Puebla y de México. Pancho, que por primera vez gozaba de un poco de calma y tranquilidad, recorría lleno de placer aquellos alrededores bellísimos en que se mezclaban las flores más delicadas y los frutos más sabrosos á los